

A los labios de Julieta asomó una fugitiva sonrisa é inclinó la cabeza sin hablar. !Qué le importaba su belleza; Aquel por quien ella hubiése quèrido ser admirada estaba lejos.

El otoño acababa de comenzar, cuando una grave noticia hizo salir para París á la señora de Vignes, Su hijo, después de haber luchado contra una debilidad sin cesar progresiva, recayó bruscamente. Fué presa de vómitos de sangre, y muribundo se le transportó á la casa de su madre. La angustia puso fin á los ensueños de la joven. Adoraba á su hermano, y sin retraso ninguno marchó también, quedándose espantada del lastimoso estado en que lo encontró. Apenas tuvo fuerza para levantarse cuando ellas entraron en el cuarto. De aquel bello Santiago no quedaba más que un fantasma. Una consulta de médicos, celebrada sin pérdida de tiempo, ordenó la salida inmediata para el Mediodía y desde fines de Noviembre la familia de Vignes quedó instalada en el hotelito bañado por la mar azul, abrigado por bosques de pinos y de abetos, en medio de peñascos rojos. Allí, Santiago se repuso. La juventud tiene resortes poderosos. El calor, la luz, la regularidad de la existencia ejercieron su influencia saludable, y si el enfermo no se hallaba curado por completo, al menos adquirió las fuerzas

necesarias para que renaciese la esperanza de salvarlo. Estaba pálido, arqueado, vacilante, sacudido por continuos excesos de tos cruel pero vivía. Y si en adelante variaba de género de vida y cuidaba mucho por su salud, podría durar así largo tiempo. Esta mejoría, sin embargo, no era bastante para Santiago, y el alivio evidente en su enfermedad no le satisfizo. Con las fuerzas volvieron los deseos y ante la imposibilidad de contentarlos le sobrevino una gran irritación que se traducía en palabras amargas, en violentas recriminaciones; sin cesar establecía el paralelo entre lo que había sido y lo que era ahora. Su debilidad actual le parecía insoportable comparada con la actividad de otros tiempos, y la energía renaciente no lo servía más que para quejarse y maldecir. Ninguna resignación, ninguna dulzura: una lamentación continua, una envidia irritada.

La llegada de Pedro Laurier constituyó, sin embargo, cierta diversión feliz á sus fastidios. Se sintió con más esperanzas y menos descorazonado en compañía de su amigo. Todo lo que antes le dejaba indiferente y lacio, comenzó á interesarle de nuevo. No permaneció ya echado todo el día sobre su silla larga ó hundido en el mirador de la terraza. Andaba, salía en coche durante las horas calurosas

del día. Y la distracción influyó favorablemente en su salud. Se mostraba menos sombrío, consentía en recibir visitas, y no rechazó la oferta que le hizo el pintor de traer al hotel un médico ruso muy bizarro, reputado como empirico por sus compañeros, pero célebre por curas extraordinarias.

El doctor Davidoff, instalado en Mónaco con su amigo el conde Voreseff, era hijo único de un mercader de granos de Odessa, muerto diez veces millonario. Había podido, por tanto seguir su fantasía, desdeñar la clientela, estudiar á su gusto la humanidad en sus males físicos y en sus miserias morales. En la imaginación de Santiago, ejerció muy pronto gran autoridad. Su pretensión era llegar á inspirar completa confianza en los enfermos que cuidaba, asegurándoles que recobrarían un bienestar inmediato.

—Tenga V. la convicción de que curará— decía á Santiago—y habremos adelantado ya la mitad del camino. La naturaleza se encargará de hacer el resto. Ella no pide más para ayudar á los enfermos si no que no se abandonen á sí mismos. Yo he visto grandes milagros operados por la voluntad y la fé. Los efectos de las aguas de la Saleda y de Lourdes, en el país de V., no obedecen á otra causa. La virtud del brebaje está en el alma del que

la bebe. Con sólo tener la certidumbre de que el agua santa obrará sobre él, empieza á sentir yá el bien esperado. He ahí por qué es inútil enviar á los incrédulos á esas peregrinaciones curativas, de la misma manera que es perder el tiempo hacer asistir á los escépticos á las sesiones del espiritismo. Estos tienen en sí mismos fuerzas que obran en contra de los adeptos y que neutralizan los fluidos. Las experiencias hechas en tales condiciones, jamás pueden dar buen resultado. De la misma manera, jamás el misterioso trabajo de la naturaleza podrá obrar favorablemente en las curaciones de un organismo debilitado por el temor y abatido por la duda. Jesús, que fué el más grande de los taumaturgos de la antigüedad, decía á todos los que acudían para que les cuidase: «Creed.» En efecto, en eso consistió todo.

Estas teorías, desarrolladas convenientemente por el médico ruso, empezaron por interesar á Santiago, quien después poco á poco empezó á sentir en su espíritu el germe sutil de aquellas ideas que llegaron á adquirir en él singular desarrollo. Había momentos en que el enfermo recobraba la esperanza, y se decía: «¿Por qué en suma no he de llegar á curarme?» Descubría en su memoria ejemplos de curaciones prodigiosas. Afecciones mucho más

avanzadas que la suya empezaron por detenerse, llegando á desaparecer sin dejar la menor huella. Y aquellos que habían sido atacados pudieron volver á la existencia libre y jovial como los más vigorosos y mejor organizados. ¡Oh, vivir, ir, venir, sin temores, sin inquietudes, entregarse á su fantasía sin tener que rechazar el placer. No hacer caso de los preservativos, no tener necesidad de los médicos, despreciar las precauciones, volver á las orgías, poder ser imprudente á mansalva! ¡Qué ensueño! ¿Podría él llegar á realizarlo? Al desear tan ardientemente la curación, no tenía más que un objeto: recomenzar las locuras que le habían reducido á aquel estado miserable. Cuando se dejaba arrastrar delante de Pedro por sus sentimientos y sus aspiraciones, éste sacudía melancólicamente la cabeza para exclamar con profunda amargura:

—¿Vale la pena de desear el placer? Porque no hay nada más vano y más traídos. ¡Ah! Suspirar por el éxito y la gloria... ¡Sí!... Emplear todos los esfuerzos por llegar á ella, eso es lo digno en un hombre. Pero pasar los días y las noches barajando cartas y cortejando mujeres... ¿Puede concebirse nada más absurdo y más denigrante? Yo lo hago, sin embargo, yo que critico ese género de vida...

¡Pero yo soy un loco odioso estúpido!... Falto ya de la energía necesaria para hallar ganancia en el trabajo, la espero del azar... Juego, miserable de mí, por recoger en la banca el dinero que me reclama una mujer malvada á quien desprecio, una mujer que me engaña y que no tengo valor para abandonarla... ¿Y es eso lo que tú sientes?... Esas horas pasadas alrededor de un tapete verde, á la luz devoradora del gas que seca el cerebro, en la esperanza de que salga la carta elegida, Después el momento en que se deposita la suma, tan duramente adquirida, en las manos impacientes de la hermosa que sonrío ojeando los billetes de banco: amor y contabilidad mezcladas. ¡Hé aquí la felicidad que tú sueñas; ¡Esa es precisamente mi vida, y no sé si á ella preferiré la muerte!...

Rió lúgubrementemente ante su amigo, espantado por aquella cólera sombría, y añadió con más calma:

—Después de todo, soy muy tonto en juzgar á los demás por mí mismo. Tú eres amado, eres feliz y la vida te ofrece sus dulzuras... Pero yo soy despreciado y conozco solamente alegrías tan amargas, que su recuerdo me es más doloroso aún que el de mis penas. ¿Qué puedo yo sentir? Nada. ¿Por quién seré llorado? Por nadie. Tu vida, al contrario,

es necesaria á aquellos que te aman, á tu madre, á tu hermana... Por ellas es preciso curarte, y en ellas solas es necesario pensar. ¡Ah! si yo tuviera cerca de mí uno de esos seres dulces y encantadores cuya afección consuela y cura todos los sufrimientos, encontraría valor para convertirme moralmente y trasformarme en otro hombre, En mis horas de abatimiento más profundo he soñado frecuentemente que si tuviese algún ser á quién dedicar mi abnegación, podría mostrarme tan sabio como el mayor de los hombres. ¡Pero estoy solo! ¡Al diablo la razón! Cuando haya llegado al límite mi locura, me romperé la cabeza contra esas rocas de tan hermosos colores que están al pie de la costa, y el mar acunará mi cuerpo como una última amiga.

Pedro Laurier no se entregaba á estos accesos de melancolía solamente en presencia de su amigo, algunas veces delante de la señora de Vignes y de Julieta dejó traducir su irritación en palabras desesperadas. Si entonces hubiese mirado á la joven, habría descubierto en la expresión desolada y triste de su rostro, una de esas razones de corregirse que tanto imploraba al destino, Pero no se inquietaba por el efecto que producían sus palabras. Permanecía entregado á la sincera expresión de un decaimiento insensible. La esperanza,

ardientemente llamada por él, lucía como estrella luminosa en su cielo oscuro, y no levantaba los ojos para verla. Pedía un ser dulce y encantador á quien poder sacrificar sus peligrosas pasiones, y lo tenía precisamente al lado suyo sufriendo en su dolor y palpitando en sus angustias.

A pesar de la tristeza que el malhumor del amigo de su hermano le causaba, Julieta jamás exhaló la menor queja. Veía á Pedro atormentado por la inquietud, sombrío y fantástico, pero al fin y al cabo le veía. En París estaba siempre ausente, de modo que en parte aquello era ya un progreso. Sabía que la infame mujer se hallaba en Monte-Carlo; pero sabía también que el pintor no pasaba todo el tiempo cerca de ella. Si la cadena aún permanecía unida, los anillos iban gastándose y quizás acabara por romperse. Esta era toda su aspiración. No tenía orgullo ninguno. ¿Acaso existe el orgullo cuando se ama?

Al día siguiente de la comida, que tan bizarramente fué terminada por el recitado del doctor Davidoff, hacia las diez de la mañana, Julieta, con su rubia cabeza protegida por una sombrilla y una cestita al brazo, seguía en la terraza del hotelito recogiendo flores. El tiempo era admirable, el azul del mar se confundía con el azul del cielo. Una brisa deli-

ciosa, cargada de olores salinos, llegaba desde muy lejos. Las olas movían franjas de plata al pie de las rocas que bordean la pequeña bahía silenciosa. Acompañado de su madre, Santiago salió de la casa, y lentamente comenzó á pasearse al sol.

La señora de Vignes era una mujer pequeña, delgada, de rostro delicado, con ojos negros expresivos, frente inteligente, coronada de cabellos ya blancos. Su fisonomía denotaba la calma de una resignación que el trascurso del tiempo había hecho habitual. Caminaba dulcemente sin hablar, arrojando de cuando en cuando una mirada sobre su hijo, como para medir los progresos que el clima del Mediodía iba haciendo en su convalecencia. Santiago, cuando llegó á la mitad de la terraza, se detuvo, y sentándose sobre el parapeto de piedra, tibio por los rayos del sol, miró en el agua clara como el cristal las coloraciones extrañas de vegetación submarina. Estaba allí, en medio del calor, olvidado de todo, sin sentir su mal, experimentando un vivificador bienestar. Su hermana, después de haber recogido las flores, se acercó, abrazándole dulcemente.

—¿Como te sientes esta mañana? ¿Has dormido bien? Me parece que viniste muy tarde. El enfermo sonrió ante el recuerdo de sus antiguas calaveradas que devoraban las noches

*El alma de Pedro.*

hasta el alba, y cogió un ramito de mimosas de la cestita de la joven.

—¡Oh! ¡Extremadamente tarde! ¡Eran ya más de las diez!

—¿Te burlas de mí? Pero eso no impide que desde nuestra instalación aquí sea la primera vez que sales por la noche...

Mi médico me lo había permitido. Estaba entre los convidados... Y jamás los médicos encuentran mal los placeres de que ellos participan.

Julietta permaneció un instante silenciosa; después añadió con aire serio:

—¿Te gusta ese doctor Davidoff?

—Sí, es un compañero muy amable y su ciencia es real, á pesar de las amalgamas diabólicas de que hace gala. Yo no creo, por lo demás, que sea tan diablo como quiere parecerlo. Pero es incontestable que desde que se ocupa de mí estoy mejor.

—¡Oh! hijo mío—exclamó la señora di Vignes—nada más que por eso me parecería divino. En fin que sea lo que quiera, con tal que te cure. En todo caso, es un hombre perfectamente educado y del mejor tono... Pero aunque fuese un ser rústico, le adoraría. No le pido más sino que te devuelva la salud.

—Debe venir esta mañana á ver si mi pequeña excursión de ayer noche no me ha sido

funesta.... Esta será desgraciadamente una de las últimas visitas que me haga: dentro de pocos días parte para Oriente con su cliente y amigo el Conte Woreseff.,

—Ese ruso á quien pertenece el bello *yacht* blanco, anclado en la rada de Villafranca?

—Él mismo.

—¿Estaba ayer noche entre vosotros?

—¡No! Casi nunca abandona su barco... Se dice que en él guarda, con celoso interés, una circasiana que ha robado y que pasa por ser la belleza más perfecta que pueda soñarse. Su departamento se encuentra amueblado con un lujo oriental fabuloso. El servicio está hecho por mujeres vestidas con suntuosos trajes. Por la tarde, paseando á lo largo de la cubierta del buque, se oyen armonías encantadoras. Son músicos conducidos á bordo para distraer al conde y á su hermosa compañera. He aquí con quién Davidoff se embarca para el país de las mil y una noches.

—No le compadezco—dijo alegremente la señora de Vignes.

—Ayer tarde ha renovado á Pedro sus instancias mas expresivas para que se decida á acompañarles. Woreseff, que adora á los artistas, había soñado con llevar un pintor que le reprodujera en algunos bocetos, los principales episodios del viaje...

—¿Y tu amigo no ha aceptado?...—preguntó Julieta con sonrisa contraída.

—¡No! Medita, según dice, otro viaje. Pero quiere hacerlo solo.

Después de estas palabras, que ofrecían significado tan amenazador, reinó un momento de silencio. Santiago herido de repente por el siniestro sentido que podía ser dado á sus sencillas frases, quedó absorto, recordando las amargas declaraciones, con tanta frecuencia repetidas por Pedro. Julieta, con el corazón oprimido, observaba á su hermano adivinando la penosa sensación que éste sufría y sin poder vencer el subrecogimiento que acababa de apoderarse de ella. Parecían estar uno y otro bajo el golpe de una desgracia de la cual esta frase había sido el espantoso presagio. El ruido de un coche que se acercaba por el camino de Beaulieu, les sacó de su doloroso estupor. Se miraron asustados de su palidez y de su tristeza. Después volvieron los ojos hacia la verja de hotel ante la cual acababa de detenerse un coche.

El médico ruso, vestido de negro, con el rostro grave, descendió avanzando hacia ellos. Santiago procuró serenarse y dió algunos pasos hacia el lado por donde venía el médico:

—¡Fiel á su promesa, mi querido Davidoff!

—dijo estrechando la mano de su amigo.—  
¡Cómo le agradezco que así se haya ocupado de mí!

El doctor saludó á la señora de Vignes y á su hija. Su rostro permanecía inmóvil y helado. Santiago le miró con asombro y Julieta con terror. ¿A qué obedecía aquella actitud forzada, aquel prólogo silencioso? ¿Qué noticias traía que no se atrevía á decir? ¿Qué suceso le imponía aquella triste continencia y aquel aire sombrío? El ruso levantó los ojos hacia Santiago, y con lentitud, como tratando de prolongar una explicación penosa, preguntó al enfermo:

—¿Se siente V. bien esta mañana? ¿Ha dormido V. bien? ¿Tiene V. fiebre?

Cogió su mano y la retuvo algunos segundos, tomándole el pulso.

—¡No! Las fuerzas vuelven. Y se puede hablar hoy con V. como con un hombre.

Santiago miró al doctor, preguntándole con voz sorda:

—¿Ocurre algún suceso tan grave que pueda impresionarme muy vivamente?

—Sin hablar, Davidoff bajó afirmativamente la cabeza.

—¿Y dudaba V. en confiármelo?—replicó Santiago.

—¡Cierto!—respondió el ruso.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy pronto á hablar.

Bajó un poco la voz de manera que no pudiese ser oído por madre é hija, y añadió:

—Pero es preferible aguardar á que estemos solos...

Marcharon los cuatro poco á poco en dirección de la casa, y cuando hubieron llegado ante la terraza que se extendía frente á los balcones del salón, medio cerrados y con las persianas echadas á causa del sol, la señora de Vignes y Julieta se detuvieron. Esta última examinaba al doctor con ansiedad. Le parecía que las palabras oscuras acabadas de pronunciar, tenían cierta relación secreta con las ideas que la torturaban cuando el doctor llegó. La imagen de Pedro Laurier se evocó en su espíritu, y Julieta palideció como si fuera á hundirse en la nada. La grave comunicación que Davidoff tenía que hacer, era, no le cabía duda, relativa al pintor. ¿Qué es lo que sucedería? Un temblor nervioso se apoderó de sus venas y sintió frío en aquella admirable mañana llena de sol. Vió el cielo azul volverse oscuro; el mar se cubrió de sombras, y el verdor eterno de los pinos perdió su color. Un sonido lúgubre semejante al de las campanas cuando tocan á agonía llegó á sus oídos, y, en medio de su fúnebre alucinación,

permaneció inmóvil como si todo girase en torno suyo. La voz de su madre llamándola, hizo que volviera en sí. Sus párpados se levantaron, vió otra vez con claridad, y encontró el cielo puro, el mar azul y el verdor perennes de los pinos. Nada había cambiado más que en su corazón cruelmente oprimido, y en su espíritu lleno de mortal tristeza.

—¿Vienes, Julieta?—repitió la señora de Vignes.—Creo que tu hermano necesita estar solo con el doctor.

La joven dirigió al ruso una mirada suplicante, como si de él dependiera su profundo malestar, y lanzando un gran suspiro, entró por fin en la casa.

Los dos hombres estaban sentados bajo la marquesina, cerca de una columna de hierro alrededor de la cual trepaban eliotropos perfumados. Permanecieron dudosos todavía un momento ante la revelación que no se atrevían á comenzar. Por fin Santiago preguntó con voz calmada, en su indiferencia de enfermo que no piensa más que en sí mismo:

—¿De qué se trata, mi querido amigo?

—De una noticia bien triste, ¡oh! muy triste! que tengo que comunicarle. Esta misma mañana se me ha participado y confieso que todavía estoy bajo la impresión de la noticia... Si no hubiese sido necesario informar á V.,

habría retrasado mi penosa misión; pero atañe á V. tan directamente el asunto...

Santiago le interrumpió, poniéndose muy nervioso:

—¡Qué preámbulo! ¡Cuántas precauciones! ¿En qué puedo yo estar mezclado?...

—Va V. á comprender—replicó Davidoff, dirigiendo sobre su enfermo una mirada casi dura en fuerza de ser fija.—Esta noche, hacia la una de la madrugada, ha tenido lugar un trágico suicidio muy cerca de Monte-Carlo un hombre se ha arrojado al mar desde la costa... Los carabineros, al hacer su inspección, han encontrado el abrigo el sombrero y una tarjeta... que esta dirigida á V.

—¿A mí?—exclamó Santiago palideciendo.

—A V... Todo ha sido llevado al gobernador, que sabiendo las relaciones afectuosas que nos unen, me ha prevenido á fin de que aprovechase la primera oportunidad para informar á V...

Los ojos de Santiago se hundieron súbitamente bajo sus orbitas como atraído por violenta angustia; su boca se contrajo, y balbució:

—¿De modo que es alguien... á quien conozco mucho?

—Mucho.

Davidoff, sacando lentamente de su cartera

la tarjeta sobre la cual habia escrito el pintor su último adiós, se la entregó al enfermo. Este, con una especie de calofrío, tomó la tarjeta y al leer el nombre que tenia grabado, subió á sus mejillas un calor ardiente, exclamando:

—¡Pedro!... ¡Pedro!... ¿Es posible?

Permaneció algunos instantes abatido, con la mirada fija en el médico ruso, que le observaba mudo, inmóvil y enlutado. No hablaban, como si tuviesen miedo de oír el sonido de su voz. Cambiaron una mirada llena de horror y de duda. La desaparición repentina de aquel ser tan lleno de fuerza y de salud, les dejó sumidos en un estupor mezclado de incredulidad. Y sin embargo, era cierto. Pedro no aparecería más entre ellos. Su lugar quedaba vacío para siempre.

Santiago, sin hablar, llevó su mirada sobre la tarjeta, de la cual no había leído más que el nombre, y enjugando col el dorso de la mano sus ojos llenos de lagrimas, comenzó á leer el último adiós que le dirigía su amigo. Descifraba en voz alta aquellas palabras escritas con pulso tembloroso, trazadas con lapiz en la noche anterior. Una debilidad irresistible ahogó su voz. Sabía que Pedro estaba harto de sufrir y degradarse, y que hablaba de la muerte como un remedio. Pero veía

también que su amigo, al desaparecer, pensaba en formar con el destino aquel pacto extraño que le permitiría quizá revivir en Santiago. Repitió lentamente:

—Voy á renovar la experiencia que nos ha contado Davidoff... Te regaló mi alma... Vive feliz por mi y para mí...

Un espantoso rayo de esperanza iluminó la mirada del enfermo, al mismo tiempo que salía de sus labios un sollozo. Estaba traspasado de dolor, pero en el fondo de sí mismo nacía ya una vivificadora creencia.

—El último que ha estado con él he sido yo —dijo entonces el médico ruso.—Me abandonó para ir á casa de Clemencia Villa... Una escena violenta como las que tenían cuotidianamente debió estallar entre ellos... Saldría, y después no se sabe lo que ha sucedido... Algunos contrabandistas han ocupado toda la noche á los guardacostas del camino de Vintimille. Hubo tiros por ambas partes... y muy cerca del lugar de la escaramuza es donde han encontrado el sombrero, el abrigo y la tarjeta...

—¿Y su cuerpo?—preguntó Santiago.

—Las olas lo arrojaran sin duda sobre la arena... Así se le podrá depositar en tierra santa, y sus amigos sabrán dónde ir á llorarle.

Un sordo gemido, y después el ruido de

una caída, se dejaron escuchar en el salón en aquel momento. Santiago y el médico se dirigieron allí asustados. Davidoff avanzó vivamente, separó las persianas y lanzó una exclamación. Á dos pasos de la ventana había caído Julieta sin conocimiento. Sin duda quiso agarrarse á una silla, que rodó también con ella sobre el pavimento. Pálida, con los ojos cerrados, parecía muerta.

Los dos hombres se lanzaron hacia la casa. Al ruido vino también la señora de Vignes. No tuvo que hacer pregunta alguna: por la puerta entreabierta acababa de ver á su hija. El levantarla en sus brazos, para aquella mujer débil en apariencia, fué cuestión de un segundo. La tendió sobre un canapé, examinó su rostro, puso la mano sobre su corazón, se convenció de que vivía, y un poco más serena preguntó a su hijo:

—¿Qué sucede?

Davidoff se había aproximado á la joven, y con agua fresca le mojaba las sienas. Santiago no enseñó á su madre la tarjeta que le legaba, como por un testamento sobrehumano el alma de su amigo, y pronunció estas solas palabras:

—¡Pedro ha muerto!

Se hubiese dicho que desde el fondo de su doloroso sueño Julieta lo había oído. Hizo un

movimiento, abrió los ojos, reconoció a los que la rodeaban, y recobrando con la vida el sufrimiento, rompió á llorar.

La señora de Vignes y su hijo cambiaron una mirada. Santiago bajó la cabeza, y la madre, adivinando entonces el casto secreto del amor virginal de Julieta, arrojó un doloroso suspiro y se puso á llorar con ella.

Davidoff tomó á Santiago por el brazo y le arrastró hacia fuera. Sobre la terraza el aire era dulce, el sol calentaba las plantas que con sus perfumes envolvían el ambiente el viento ligero alegraba el corazón, el mar se cubría de un azul turquí, las golondrinas rasaban las olas con gritos joviales. Pareció al doctor que su enfermo no era el mismo. Lo veía marchar con paso firme, sin vacilar, su cuerpo se erguía, sus ojos, momentos antes hundidos y apagados, brillaban ahora con viveza. Aunque sin hablar, se comprendía por sus ademanes que una repentina exaltación hervía en él. Davidoff, con violenta ironía, le contempló metamorfoseado ya por la esperanza.

Entonces, pensando en la desaparición de Pedro Laurier y en el llanto de Julieta, el ruso no pudo contener una silenciosa y sardónica sonrisa. Pensó que para devolver la vida á aquel hombre egoísta era mucho el sacrificio de dos seres. Y mentalmente, sobre

la hermosa terraza, bajo un cielo delicioso, creyó ver una pareja enamorada, joven, feliz pasando enlazada entre el embriagador perfume de los naranjos en flor. Pero los amantes rebeldes huyeron repentinamente, y Davidoff no vió más que á Santiago que marchaba cerca de él, triunfante, reanimado ya por la sangre de Pedro y las lágrimas de Julieta.

### III.

Mientras iba nadando vigorosamente hacia el hombre que se ahogaba, Pedro, merced á la claridad de la luna, libre en aquel momento de las nubes que la ocultaban, fué visto por los aduaneros escondidos en el acantilado. Dos detonaciones, un agudo silbido que sintió cerca de sí y la espuma que saltó por efecto de una bala, le anunciaron que era tomado por contrabandista. Aprovechando el momento en que una ola le levantó, miró rápidamente en derredor suyo. Á diez metros de distancia, en un remanso, vió un bulto negro que se movía, y á doscientos ó poco más, la canoa empujada por el esfuerzo de sus remeros dirigiéndose hacia la balandra que bordeaba en la plenamar. Algunas vigorosas brazadas lle-